

## Recuerdos de Navarra en Fernán Caballero

Este año se cumple el primer centenario de la muerte de Cecilia Böhl de Faber (1796-1877), más conocida por su seudónimo de Fernán Caballero.

De pequeños nos decían los manuales de historia de la literatura que las novelas y narraciones breves de esta escritora germano-hispana se localizan con preferencia en la Andalucía baja.

Si ni entonces ni después hemos hojeado sus obras, no podremos sospechar que, entre sus miles de páginas, las hay que interesan particularmente en Navarra. Un rápido espiguelo en ellas nos ofrecerá unos cuantos recuerdos que merecen perpetuarse en nuestra memoria.

Podemos hacerlo por la edición de José María Castro y Calvo en la «Biblioteca de Autores Españoles», continuación de la de Rivadeneira. Las obras de Fernán Caballero se contienen en los tomos 136-140. Los citaré por I-V, respectivamente.



Demos principio al espiguelo por la más famosa de sus obras, *La Gaviota*. La novela comienza así: «En noviembre del año de 1836 el paquebote de vapor *Royal Savering* se alejaba de las costas nebulosas de Falmouth»... (I, 3.)

Entre los que se pasean por cubierta hay un español. Un joven habla en alemán. El español le dirige la palabra en inglés, en francés, en español. El alemán, en su lengua, se limita a responder que no entiende. Por fin el español tiene la feliz ocurrencia de hablarle en latín. Y el alemán le contesta en el mismo idioma con viva satisfacción.

Nos informa el alemán de que no viaja por placer: esto está reservado para los ricos, y él es pobre. El objeto de su viaje está lejos de ser placentero.

—¿Adónde vais, pues?

—A la guerra, a la guerra civil, la más terrible de todas: a Navarra. (I, 5.)

No es su vocación la milicia, según nos advierte. Va al ejército de Navarra a procurar colocarse de cirujano.

No conoce la lengua ni el país. No tiene recomendaciones. ¿Qué tiene, entonces?

—Mi ciencia, mi buena voluntad, mi juventud y mi confianza en Dios. (I, 5.)

Se llama Fritz Stein. Es el sexto hijo de un profesor de una ciudad pequeña de Sajonia. Ha consagrado su juventud a excelentes y profundos estudios, y ha practicado su arte con los mejores maestros.

—Bajo los tilos que hacen sombra a la puerta de mi casa —dijo al terminar su narración— abracé por última vez a mi buen padre, a mi hermana Lotte y a mis hermanitos, que clamaban por acompañarme en mi peregrinación. (I, 5.)

Para no ser una carga a su familia había tomado «la resolución de venir a España, donde, por desgracia, la sangrienta guerra del Norte le abría esperanzas de que pudieran utilizarse sus servicios». (I, 5.)

Así nos presenta la escritora al que luego contraerá matrimonio con la protagonista de la novela y acabará abandonado por ella.

\* \* \*

El capítulo segundo se desarrolla dos años más tarde, y no sobre el mar, sino en tierras de Huelva.

«En una mañana de octubre de 1838, un hombre bajaba a pie de uno de los pueblos del condado de Niebla y se dirigía hacia la playa»... (I, 7.)

Era Stein en persona que regresaba de Navarra muerto de angustia.

«Hace dos años que, lleno de vida, de esperanza, de buena voluntad, llegué a este país y les ofrecí mis desvelos, mis cuidados, mi saber y mi corazón. ¡He curado muchas heridas y, en cambio, las he recibido muy profundas en mi alma! ¡Gran Dios! Mi corazón está destrozado. Me veo ignominiosamente arrojado del ejército, después de dos años de servicio. Después de dos años de trabajar sin descanso, me veo acusado y perseguido, sólo por haber curado a un hombre del partido contrario, a un infeliz que, perseguido como una bestia feroz, vino a caer moribundo en mis brazos». (I, 7.)

Stein, creyendo atajar, había entrado en una de las vastas dehesas, comunes en el sur de España, verdaderos desiertos destinados a la cría del ganado vacuno, cuyas manadas no salen jamás de ellas.

De cuando en cuando se detenía y fijaba su mirada en un pobre perro que le seguía y que, en aquellas paradas, se acostaba jadeante a sus pies.

El perro procedía de los montes de Navarra y, por su lealtad a su antiguo amo, Stein le había dado el nombre de «fiel» en su lengua.

—¡Pobre *Treu* —le decía—, único ser que me acredita que todavía hay en el mundo cariño y gratitud! ¡No; jamás olvidaré el día en que por primera vez te vi! Fue con un pobre pastor que murió fusilado por no haber querido ser traidor. Estaba de rodillas en el momento de recibir la muerte y en vano procuraba alejarte de su lado. Pidió que te apartasen y nadie se atrevía. Sonó la descarga y tú, fiel amigo del desventurado, caíste mortalmente herido al lado del cuerpo exánime de tu amo. Yo te recogí, curé tus heridas y desde entonces no me has abandonado. Cuando los bromistas del regimiento se burlaban de mí y me llamaban *cura-perros*, venías a lamerme la mano que te salvó, como queriendo decirme: «Los perros somos agradecidos». (I, 7.)

Fritz Stein se adentra en la dehesa sin fin, desierto verde y uniforme como el océano. El sendero se ha perdido y el terreno se cubre más y más de maleza, de matorrales altos y espesos.

Para aumento del horror de su situación, unos sordos y prolongados mugidos le anuncian la proximidad de alguna de las toradas medio salvajes, tan peligrosas en España.

Afortunadamente lleva buena compañía. El perro *Treu* ('fiel') salva a su nuevo amo del peligro, cuando se encuentra frente a frente, y a pocos pasos, con un toro, pronto a embestirle.

El perro que en Navarra no pudo librar de la muerte al pastor, ataca ahora al toro por los corvejones, y lo distrae con sus ladridos, y da tiempo a su amo para ponerse a salvo.

El perro paga caro su lealtad. Desde lejos ve Stein a su pobre compañero, a quien el feroz animal levantaba una y otra vez por alto. (I, 8.)

Lo despide desde lejos:

—¡Pobre, pobre *Treu*! ¡Mi único amigo! ¡Qué bien mereces tu nombre! ¡Cuán caro te cuesta el amor que tuviste a tus amos! (I, 8.)



Sigue su camino. Llega a un vasto edificio, un convento abandonado a la fuerza por sus moradores, vacío ahora, pobre, desmantelado, puesto a la venta, sin compradores. (I, 9.)

Allí se guarecen unos pobres a los que se presenta:

—Me llamo Stein y soy cirujano. He estado en la guerra de Navarra y volvía por Extremadura a buscar un puerto donde embarcarme para Cádiz, y de allí a mi tierra, que es Alemania...

—Y ¿de qué partido era usted? —preguntó la anciana—; ¿de don Carlos o de los otros?

—Servía en las tropas de la Reina —respondió Stein. (I, 13.)

Después de varias semanas de convalecencia, el cirujano piensa en emprender su viaje.

—¿Quién habla de viajes en mitad de diciembre? —preguntó Manuel—. ¿No ve usted, santo señor, los humos que tiene la mar? Escuche usted las seguidillas que está cantando el viento. Embárguese usted con este tiempo, como se embarcó en la guerra de Navarra, y saldrá con las manos en la cabeza, como salió entonces. (I, 33.)

Tres años llevaba Stein en aquel tranquilo rincón.

«Sus padres habían muerto mientras él se hallaba en el ejército de Navarra.» (I, 44.)

En aquella jornada no a todos les había ido como al joven médico alemán.

La escritora nos introduce en una tertulia de una condesa.

«Cerca de ella estaba sentado un coronel joven, recién venido de Madrid, después de haberse distinguido en la guerra de Navarra.» (I, 66.)

Un general, militar de la época de Napoleón, y tío de la condesa, comenta sorprendido que un mequetrefe de veinticuatro años luzca ya los tres galones de coronel. A él le costaron más sudores y más derroche de valor en el Rosellón, en América, en Portugal.

\* \* \*

El último capítulo de *La Gaviota* nos brinda otro recuerdo de la guerra de Navarra. Es en el verano de 1848. El alcalde quiere «patriotizar» al pueblo cambiando los nombres de las vías públicas.

«No sabiendo a qué santo encomendarse para dar a Villamar un aire moderno, que lo elevase a la altura del día, imaginó dar al camino que iba desde el pueblo a la colina en que estaban el cementerio y la capilla del Señor del Socorro, el nombre patriótico de Camino de Urdax, por ser el de una batalla que precedió al convenio de Vergara.

«Pero entonces le salió peor la cuenta. Hubo motín de mujeres, motín en regla, capitaneado por Rosa Mística en persona. Sus gritos y sus lamentaciones habrían aturdido a los sordos.

—¿Qué quiere decir Urdax? —gritaba la una.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con Urdax? —clamaba la otra.

—¿Quién ha de querer enterrarse en Urdax? —chillaba una vieja.

—Señor alcalde —dijo una pobre viuda—, si tanto empeño tiene usted en hacer mejoras, disminuya usted las contribuciones, póngalas como estaban antes, en tiempo del rey, y deje usted a las cosas el nombre que siempre han tenido.

—Si tanto le place a usted el nombre de Urdax —dijo una joven—, póngaselo a sí propio.

—Señor —dijo gravemente Rosa Mística—, ese camino es el de la Vía Crucis, y usted lo profana con ese nombre moruno». (I, 133.)

En la penúltima página del mismo capítulo vuelve a sonar el nombre: «El siglo de las luces, como dice ese caribe de alcalde, que quería convertir la Vía Crucis en camino de Urdax, trastorna todas las ideas». (I, 138.)



En la novela *Lágrimas*, en octubre de 1845, nos da como ocurrida la pretendida alcaldada.

—¿Que tiene novio? Pues ¿quién es?

—Berlinga, el hijo del tío Urdax.

Al alcalde le había quedado este nombre desde que intentó ponérselo al camino de la Vía Crucis, y al hijo le habían puesto el primero.

...—Su padre de ella, el tío López, y la madre de él, la tía Urdaxa, los quieren casar por aquello de que el dinero llama al dinero. (II, 136.)

El viejo *Diccionario* de Pascual Madoz contiene, como es sabido, numerosas noticias de la primera guerra carlista. Al hablar de Urdax apunta varios datos. El hecho recordado por el último pudo moverle al alcalde andaluz al intento referido por la novelista. Escribe Madoz:

«En 1834 fueron sorprendidos en esta población (Urdax) ciento veinte sastres navarros por una brigada destacada desde Tolosa, apresándoles gran cantidad de lienzo, camisas, capotes, boinas y otros efectos.

«El 13 de septiembre de 1839 salió de ella don Carlos y su familia para Francia, entrando dos horas después el general Espartero, en cuyo poder dejaron los cinco mil hombres que seguían al Pretendiente, toda la artillería y municiones.»

Por Urdax también había entrado don Carlos el 9 de julio de 1834, según se dice allí mismo poco antes.



En la carta cuarta de *Un verano en Bornos*, fechada el 24 de junio de 1850, topamos con un navarro, sobreviviente de aquella guerra civil.

«Cuando la puesta del sol derrama su vivificante frescura, salgo a dar un paseo a la orilla del río, en el que mi fiel *Tritón*, mi perro de Terranova, se solaza con las delicias del baño.

«Cuando vuelvo, hallo mis flores regadas, o bien, según la estación, mi chimenea encendida y mi frugal cena preparada por Ramón.

«Pero ¿tú sabes quién es Ramón? Ramón es un navarro que fue asistente de mi hermano Jenaro, y hoy es mi amigo. Nunca nos hablamos, así como no hablan la mano izquierda y la derecha, que obran de mancomún y que rige un mismo deseo.

«Cuando murió mi pobre hermano, recibió, a su lado y por defenderle, un lanzazo que le destrozó el costado. Hecho prisionero, fue conducido con otros al campamento contrario, en que militaba la Brigada Inglesa.

«Ramón sabía la suerte que en aquella infausta guerra estaba reservada a los prisioneros, y era la de ser fusilados. Pero ignoraba que aquellas fuerzas eran mandadas por uno de los generales más caballeros, más humanos y más distinguidos de que se gloría el ejército.

«Ramón pidió que se le permitiese hablarle, lo que éste le concedió al punto. Vio entonces este jefe entrar en su tienda a un alto y arrogante mozo, el que, con una mano puesta en su boina y apretando con la otra una

ancha herida en su costado, por la que vertía sangre a borbotones, le dijo con semblante sereno:

—Mi general, vengo, en mi nombre y en el de mis compañeros, a pedir a vuecencia una gracia.

—Habla —contestó sorprendido el general.

—Señor —repuso el navarro—, quisiéramos ser fusilados por los españoles y no por los ingleses.

—No puedo concederte lo que me pides —contestó admirado y enternecido el general—, puesto que no lo vais a ser. Lo que seréis ahora mismo es curados y asistidos como hombres, como españoles y como valientes que sois.»

En nota asegura Fernán Caballero que «este hermoso sucedido, que honra tanto al vencedor como al vencido, ha sido referido al autor por el mismo general que en él actúa, el señor conde de Clonard».

«Este es Ramón —continúa la carta—, el cual, después de canjeado, se reunió a mi padre y, muerto éste, no ha querido abandonarme. Ya ves si tengo razón en decir que somos dos manos, una más fina, otra más callosa, que impulsa un mismo sentir y una misma voluntad.» (III, 151-152.)

Firma la carta Carlos. Y por lo que en otros lugares de ella se nos dice, sabemos que el amo actual de Ramón ha vivido expatriado en París, que el Señor ha sentado su mano sobre su estirpe, pues ha visto morir a sus dos hermanos «en la gran lucha de principios» que volvió a teñir de sangre el suelo aún húmedo por la vertida al expulsar a las poderosas huestes del gran usurpador; ha visto bajar en la flor de su vida a la tumba a esos dos héroes, sin que la señale un epitafio que recuerde su nombre ilustre ni una cruz que atestigüe que eran cristianos. (III, 151-152.)

En uno de los relatos breves, en el titulado *La corruptora y la buena maestra*, salta la noticia de que en Francia el nuevo Napoleón va a hacer guerra por el Norte.

—Pues dígoles a usted —dijo una pobre mujer que había perdido un hijo en Navarra y otro en Africa— que las tales guerras son una barbaridad si las hay. (IV, 426.)



Por esas repetidas alusiones se puede colegir que en la mente de Fernán Caballero casi se identificaban la primera guerra carlista y la guerra de Navarra. Por eso no será despropósito agregar varias alusiones más a don Carlos.

Al principio de *La Gaviota* creen de uno que viaja de incógnito y se ponen a hacer conjeturas.

«Pero, bien considerado, yo sospecho que es un agente de la facción, un empleado oscuro de don Carlos.» (I, 6.)

Ya hemos registrado el pasaje en que le preguntan a Stein de qué partido es, si de don Carlos, o de los otros. (I, 13.)

En otro pasaje dicen burlonamente de «la Gaviota» que es hija de un general de las tropas de don Carlos. (I, 111 y 112.)

En *Lágrimas*, en febrero de 1848, desfilan varios partidos.

—¿Te gustan los socialistas? ¿Te parece que son los que valen, prima?

—**Los odio**, primo.

—Y ¿los exaltados?

—Los detesto.

—Y ¿los moderados?

—Los aborrezco.

—Y ¿los carlinos?

—No los puedo ver. (II, 175-176.)

Hace años, en San Sebastián, en el «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», 9 (1953) 203-209, publiqué un artículo titulado *Desahogos cristinos en 1835*. Recogía una serie de versos manuscritos en un libro de Lesaca. Ocurría la palabra «carlín», y, para ilustrarla aduje la autoridad de José María Azcona, que, en su *Zumalacárregui* explica quiénes trajeron el nombre de carlista en sustitución de carlino.

Entre los versos figuraban también unos que decían:

Carlos V tiene un hijo  
y le quiere coronar,  
y por corona le pone  
una piedra de amolar.

Creí que lo que cantaban entonces los soldados cristinos en Lesaca y en otros lugares, había nacido al calor de aquella guerra.

Pero, por lo que escribe Fernán Caballero en el relato citado de *La corruptora y la buena maestra*, hay que atribuir a los versos mayor antigüedad.

«El interpelado no se hizo de rogar y cantó en una bonita tonada, con voz fuerte, aunque cascada, esta antigua canción del tiempo de la guerra de la Independencia:

Napoleón tuvo un hijo  
y lo quiso coronar;  
por corona le pusieron  
una piedra de amolar». (IV, 425.)

Y todavía añade en nota que «el pueblo estuvo siempre en la creencia de que Napoleón había sido amolador».

En tal caso se habría dado entre los cristinos una adaptación parecida a las de la guerra civil de 1936, cuando, por ejemplo, los «moros» de «que voy a matar más moros que flores tienen mayo y abril», se convirtieron en «rojos».

En la última página de *Elia, o la España treinta años ha*, Fernán Caballero vuelve a la guerra carlista y a Navarra.

«Esta hija perfecta tuvo dos hijos. El mayor, criado al lado de sus padres, pasó en 1837 a las filas de don Carlos y sucumbió en el sitio de Bilbao. El segundo, criado en el colegio de artillería, hizo sus primeras armas al lado del general de la Reina, Córdoba, y halló la muerte en la acción de Mendigorriá.» (III, 94.)

En *El dolor es una agonía sin muerte* oímos cantar a uno de los soldados licenciados unos malos versos: de los heridos y muertos que quedaron en Bilbao; del natural de Utrera, llamado Sebastián, que agoniza camino de Bilbao. (IV, 239.)

Los partidos reaparecen en la carta décima de *Una en otra*.

«Dígale usted al comandante general y repítale mil veces, que yo soy hombre sin principios ni opiniones. De ello me vanaglorio. Las opiniones han perdido a España. No soy ni carlino, ni exaltado, ni moderado; pero menos que nada, marroquista.» (III, 278.)

Por lo que se dice en esa misma carta, del 14 de agosto de 1844, marroquista era el vendido a los intereses del emperador de Marruecos.

En el relato *Simón Verde* topamos por tierras sevillanas con un hombre de aspecto fiero. Se nos presenta como perseguido, en peligro de ser

«afusilado» sobre la marcha por el delito de pelear por el rey «ligítimo», Carlos V.

A la pregunta de por qué no se va a las Provincias a pelear cara a cara, responde que está donde está para reclutar gente, caballos y dinero.

Por más que se denomina carlino, se puede dudar de su identidad, pues acaba robando en tierra extraña como un vulgar «latrofacioso». (IV, 91-96.)

No sé si también puede aludir a la guerra carlista uno de los diez mandamientos de la nueva ley:

El ocho,  
que en Navarra reparten bizcochos.

Ocurre en *Lucas García*. (IV, 203.)

\* \* \*

En los pasajes alegados parece percibirse cierta simpatía de Fernán Caballero por el partido de don Carlos, sin mengua de su amistad con la Reina ni de los elogios de ella, como el que pone en labios de un veterano en *La corruptora y la buena maestra*:

«Ahí están mis hijos y mis nietos, que darían su sangre por Isabel Segunda, la más noble y generosa de las reinas.» (IV, 426.)

Entre los nombres que da a sus personajes creo advertir cierta predilección por el de Carlos.

Ciñéndonos a lo puramente navarro, a los pasajes aducidos al principio de este trabajo, salta a la vista la compasión con que mira Fernán Caballero a los vencidos: al herido por cuya curación le expulsan, al pastor fusilado, al perro del pastor.

Están llenos de simpatía y de nobleza los rasgos con que pinta a Ramón.

\* \* \*

No sé por qué rara casualidad, mientras preparaba este trabajo, abrí un tomo de la «Revista Internacional de Estudios Vascos» 19 (1928), y en sus páginas 176-224 me encontré con la traducción de los *Croquis de paisajes de las Provincias Vascas de España*, obra cuyo original se publicara en Londres en 1837. Su autor, Henry Wilkinson, figura como cirujano del Estado Mayor de la Legión Británica.

No sé de dónde proceden las noticias de Fernán Caballero relativas a la guerra de Navarra. Y no voy a afirmar que se inspiró en las páginas de Wilkinson. Pero tampoco puedo resistir a la tentación de enumerar varias coincidencias.

Como cirujano alemán hemos visto a Fritz Stein. Como cirujano inglés se nos ha presentado Wilkinson desde la portada de su obra. Y pronto, página 180, encontramos a otro inglés, el cirujano asistente Jenner. Nadie se sorprenderá del cambio de nacionalidad, si conoce la poca simpatía de Fernán Caballero por lo inglés y su veneración por lo alemán. Por lo demás, en aquella primera página de *La Gaviota* el alemán Stein viajaba en un paquete inglés y procedía de puerto inglés.

Jenner se tacha de loco por haber venido a la guerra civil, y recuerda con nostalgia a su familia, a su mujer, a sus hijos, pp. 180-181. Wilkinson acaba ahí mismo el cuadro sentimental de Jenner con una alusión compasiva: «¡Pobre muchacho! Nunca más vio su amado hogar; cayó víctima de la desoladora peste que hizo estragos en Vitoria».

Stein, en el primer capítulo de la novela, piensa en su padre, en su madre, en sus hermanos. Su padre y su madre fallecen, como vimos, durante sus dos años de estancia en Navarra. Y hemos copiado aquí el pasaje de la despedida de los suyos bajo los tilos. Tampoco volverá a verlos, pues en el capítulo penúltimo de la novela se nos informa de que murió de la fiebre amarilla en La Habana, como el muerto en Vitoria.

Fernán Caballero ha rememorado al muerto en la acción de Mendigorría, al lado del general Córdoba. Wilkinson trae a la memoria a los agregados al gran ejército bajo Córdoba, p. 187.

Wilkinson nos cacarea la intervención inglesa. El navarro Ramón no quería morir fusilado por los ingleses.

Ramón recibe un lanzazo que le atraviesa el costado. Wilkinson nos pinta a los lanceros ingleses cuando volvieron a entrar triunfalmente en Vitoria, cada uno con dos o tres gorras carlistas, que serían boinas blancas, en las puntas de sus lanzas, p. 188.

Fernán Caballero certifica la historicidad de la orden del conde de Clonard para que Ramón y sus compañeros carlinos sean curados y asistidos por los guiris. Wilkinson se dirige hacia su nuevo hospital «en el cual noté un número de heridos carlistas, oficiales y soldados, confundidos con nuestros desgraciados», p. 202.

El navarro Ramón tiene mal concepto de los ingleses. Igual que los de Fuenterrabía, según Wilkinson, p. 207.

Difiere el teatro de la guerra: las páginas históricas del inglés se desarrollan con preferencia en Alava y Guipúzcoa, mientras que los episodios de la novelista se sitúan en Navarra.

Se habrá observado también que Fernán Caballero llama Brigada Inglesa a la Legión Británica. Si no decimos que el cambio obedece al traductor de la novela, José Joaquín de Mora.

\* \* \*

Terminemos con unas alusiones más a lo navarro.

Al Bidasoa se le recuerda por su posición fronteriza, por sus afrancesadas aguas. (II, 185.)

Entre sus *Cantos, coplas y trobos populares* recoge Fernán Caballero uno referente a Pamplona:

No me seas retrechera,  
porque te he de comparar  
con el reloj de Pamplona  
que apunta, pero no da. (V, 149.)

La comparación reaparece en otros escritores del siglo XIX. La explica José María Iribarren en su Historia de los dichos, que no tengo a mano.

Pamplona vuelve a sonar en una conversación de Cádiz, en *La viuda del cesante*:

«A pesar del juicio, modestia y economía de mi mujer y de nuestra vida retirada, apenas tenemos ahorros, pues habiéndoseme en poco tiempo destinado desde Málaga a La Coruña, desde La Coruña a Pamplona y desde Pamplona a aquí los crecidos costos de los viajes los han absorbido todos». (V, 9.)

En *Leonor* ocurre el nombre de un navarro, demasiado olvidado hoy, acaso por los servicios que en cierto período de su vida prestó al rey José y por su condición de exiliado.

«A fines del siglo pasado, Méjico, la hermosa hija de España, vivía rica y feliz, digna y próspera, asida a su bandera de oro y púrpura, sonriendo a un porvenir de ventura... Descansaba el mando, en la época en que acontecieron los hechos que vamos a referir, en manos del poderoso virrey don Miguel José de Azanza»... (V, 32.)

Supongo que la autora apunta a nuestro asendereado caudillo cuando escribe: «Antes que existiese en Cádiz la moderna plaza de Mina, era el terreno que la forma, una espaciosa y frondosa huerta que pertenecía al convento de San Francisco»... (V, 309.)

## RECUERDOS DE NAVARRA EN FERNÁN CABALLERO

En su prefacio a *Cuentos y poesías populares andaluzas* exclama Fernán Caballero: «¡Con qué buen tino y éxito ha dado a luz el señor don José María Goizueta las tradiciones y cantos vascongados!». (V, 64.)

A la luz de los datos registrados por J. Bilbao en su *Eusko Bibliographia*, Fernán Caballero se refería al trabajo de Goizueta aparecido en la revista «La América», en 1859.

Fernán Caballero no discutía la autenticidad de las páginas leídas. Le bastaba deleitarse con los cantos de Aníbal, de Lekobide y de Altabizcar.

P. Anselmo DE LEGARDA

